



EUCARISTÍA EN EL ENCUENTRO DE VICARIOS Y ARCIPRESTES DE VILLAGARCÍA

En el texto de Isaías se expresa la inagotable vitalidad y eficacia de la Palabra de Dios, que sale de su boca y hace su voluntad. La eficacia consiste en hacer la voluntad de Dios.

La Palabra de Dios muestra su eficacia todopoderosa en la creación e incluso en las curaciones físicas realizadas por Jesús. Entonces se cumple la declaración del centurión: *“Di una sola palabra y mi criado quedará sano”* (Mt 8, 8).

El contenido del texto de Isaías indica claramente que no se refiere a la eficacia de la Palabra de Dios en el orden físico sino en el orden espiritual; es decir, se refiere a la eficacia de la Palabra de Dios que lleva a la fe (Ro 10, 8.17), y que realiza la reconciliación (2 Co 5, 18-20) y la salvación (Ro 1,16; 1 Co 1,18) que anuncia; que da la gracia (Hch 14,3; 20, 32) y comunica la vida (Heb 4,12); que se ofrece al hombre como su verdadero alimento (Dt 8,3; Mt 4,4). Y esta eficacia está sometida a una condición: La Palabra de Dios nos hace nacer a una vida nueva (1 Pe 1,23) **cuando a ella se abre el oído y el corazón**. Se trata, pues, de la acción eficaz de la Palabra de Dios en el corazón del hombre.

En el texto de Isaías, la comparación con la forma de actuar y con el efecto de la lluvia y la nieve nos ayuda a comprender la forma cómo la Palabra hace la voluntad de Dios y el resultado que produce en el interior del hombre.

La imagen utilizada no es la lluvia torrencial, que todo lo arrasa, sino la que cae de forma suave y continua, que penetra en la tierra, la empapa y la hace germinar, para que dé semilla al sembrador y pan al que come. Así se enseña que la Palabra no actúa de forma violenta y precipitada, sino suave y lenta; no es una poderosa fuerza exterior que anule o limite la libertad, sino que actúa en el interior del oyente y lo fecunda amorosamente, haciéndole capaz de dar con gozosa espontaneidad el fruto de las obras del Espíritu, pues *“todo árbol bueno, da frutos buenos”* (Mt 7, 17).

Con esta descripción de la acción de la lluvia se nos indica también cómo ha de ser la escucha de la Palabra que lleva a descubrir el paso del Señor. Como Elías, hemos de hacer la experiencia de que el Señor no estaba en el huracán, ni en el terremoto, ni en el fuego sino en la brisa suave, en el ligero susurro (1Re19, 11-13). Y como el labrador hemos de esperar con paciencia que la Palabra, sembrada en nuestro interior como una semilla, germine, madure y llegue a dar fruto, sin que sepamos bien cómo ese proceso se produce, pero reconociéndolo como obra de Dios para instaurar su reino en nosotros (Mc 4, 26-28).



Jesús completó la imagen antigua de la lluvia con la imagen de la semilla y la siembra. En la parábola del sembrador nos ayuda a comprender las limitaciones que Dios mismo ha querido poner a la eficacia de su Palabra, para no violentar la inteligencia, la libertad y el amor del hombre. El fruto de la Palabra sembrada depende de la naturaleza y el cultivo de la tierra en la que cae la semilla; depende de las distintas formas de oír y entender la Palabra y del modo como se la acoge y cuida en el corazón del oyente (Mt 13, 18-23).

Al explicar la razón de su predicación con parábolas se refiere Jesús explícitamente a la experiencia de Isaías, que reconoció el límite de la eficacia de la Palabra de Dios en aquellos hombres que oyen, pero no entienden; miran, pero no ven, *“porque se ha embotado el corazón de este pueblo, se han vuelto torpes sus oídos y se han cerrado sus ojos; de modo que sus ojos no ven, sus oídos no oyen, su corazón no entiende y no se convierten a mí para que yo los sane”* (Mt 13, 13-15). Y al final del sermón de la montaña, Jesús contrapone dos maneras de responder a sus palabras: unos las escuchan y las practican; otros las oyen pero no las cumplen. Los primeros son como uno que edifica su casa sobre la roca; los otros, como quien la construye sobre la arena (Mt 7, 24-26; Lc 6,47).

Con estas imágenes de la siembra y la construcción se sugiere la idea del juicio. La Palabra de Dios es una invitación a la que no es aceptable responder con el silencio o la indiferencia. Cada uno será juzgado según la actitud con la que recibe la Palabra. Las Palabras de Jesús son Espíritu y Vida (Jn 6, 63); pero aquel que las rechaza *“ya tiene quien lo juzgue: la palabra que yo he anunciado es la que lo juzgará en el último día”* (Jn 12,48).

El juicio es una forma de manifestación de la eficacia de la Palabra. Adquiere un carácter definitivo como sentencia de Dios sobre la responsabilidad del hombre, porque la Palabra inicia ya el juicio en el interior de cada hombre. Así lo expresa la carta a los Hebreos: *“La Palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que cualquier espada de doble filo: ella penetra hasta la raíz del alma y del espíritu, de las articulaciones y de la médula, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón”* (Heb 4,12).

En el centro más hondo de la personalidad humana, donde tienen lugar las opciones más fundamentales y las decisiones de cada día, el creyente es engendrado de nuevo por la *“palabra de Dios viva y eterna”* (1 Pe 1,23). Allí realiza su obra la palabra, como lo experimentaron los discípulos en el camino de Emaús: *“¿No ardía nuestro corazón mientras Él nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras”* (Lc 24,32). Y en el corazón debe ser guardada y meditada la palabra, como hacía María con los acontecimientos de la infancia de Jesús (cf Lc 2,19.51).

En relación con las distintas actitudes de los oyentes, Jesús ofrece otra nueva clave para comprender la eficacia de la Palabra de Dios por él predicada. En efecto, dice a sus discípulos: *“A vosotros Dios os ha dado a conocer los misterios del reino de los cielos,*



pero a ellos no... Dichosos vosotros por lo que ven vuestros ojos y por lo que oyen vuestros oídos” (Mt 13, 11. 16). Y profundiza más en la raíz de la eficacia de la Palabra cuando afirma: “Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y prudentes, y se las has dado a conocer a los sencillos. Sí, Padre, así te ha parecido bien. Todo me lo ha entregado mi Padre, y nadie conoce al Hijo sino el Padre, y al Padre no lo conoce más que el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar”(Mt 11, 25-27).

La Palabra de Dios anunciada al hombre sólo es eficaz y hace realidad en él la voluntad de Dios cuando va precedida o acompañada de la voluntad del Padre y del Hijo de darse a conocer. Y esta voluntad siempre permanece para nosotros como un misterio inescrutable del amor gratuito de Dios: *“Él nos eligió en Cristo antes de la creación del mundo...Llevado de su amor, él nos destinó...a ser adoptados como hijos suyos por medio de Jesucristo... Él nos ha dado a conocer sus planes más secretos... Y vosotros también, los que acogisteis la palabra de la verdad,... al creer en Cristo habéis sido sellados por él con el Espíritu Santo prometido” (Ef 1, 4-5; 9. 13).*

Solamente cuando la Palabra y el Espíritu Santo nos han hecho capaces de confesar **“Jesús es Señor”** (1 Co 12, 3) y de sentir la dicha de entender las cosas del reino de los cielos, reconocemos el don del Padre y le damos gracias con Jesús. Sólo iluminados por el Espíritu Santo damos gracias a Dios con el apóstol Pablo, porque al recibir la palabra que él nos ha dejado escrita, la hemos acogido *“no como palabra de hombre, sino como lo que es en realidad, como palabra de Dios, que sigue actuando en nosotros los creyentes”* (1 Tes 2, 13). De igual forma reconocemos con el apóstol Pedro que *“ninguna profecía procede de la voluntad humana, sino, impulsados por el Espíritu Santo, algunos hombres hablaron de parte de Dios”* (2 Pe 1,21).

En consecuencia, la acción eficaz de la Palabra de Dios en nosotros es objeto de súplica, es una gracia que pedimos en la oración. Así, en la oración colecta del primer domingo de Cuaresma, hemos pedido que la escucha de la Palabra de Dios nos conceda *“avanzar en la inteligencia del misterio de Cristo y vivirlo en su plenitud”*. Y no es otra la finalidad de nuestra diaria **oración del Padrenuestro**, que el Espíritu suscita en el corazón de los hijos de Dios. En efecto, como escribe san Pablo, *“el Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza, pues nosotros no sabemos orar como es debido, y es el mismo Espíritu el que intercede por nosotros con gemidos inefables”* (Ro 8, 26) *“y nos permite clamar: Abba, es decir, Padre”* (Ro 8, 15).

El evangelio de Mateo sitúa el Padrenuestro en el contexto del sermón de la montaña, al enseñar que la limosna, el ayuno y la oración no han de hacerse para ser vistos por los hombres. Jesús indica primero la forma exterior de la oración: en tu habitación *“ora a tu Padre que está en lo secreto”*; luego se refiere a la actitud interior: en silencio, con recogimiento. Por último empieza a referirse al contenido de la oración y enseña: *“Cuando oréis, no uséis muchas palabras...pues vuestro Padre sabe lo que os hace falta antes de que lo pidáis. Vosotros rezad así”*: *Padre nuestro del cielo, santificado sea tu nombre, venga tu reino, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo, danos hoy el*



pan nuestro de cada día, perdónanos nuestras ofensas, pues nosotros hemos perdonado a los que nos han ofendido, no nos dejes caer en la tentación, sino líbranos del Maligno”.

Jesús ha mostrado así tanto las circunstancias como el contenido de la oración y ha indicado que su finalidad no es hacer conocer a Dios lo que necesitamos. ¿Podemos considerar que el Señor ha respondido ya completamente a la petición: “*Señor, enséñanos a orar*”, que uno de sus discípulos le dirigió en nombre de los restantes discípulos de entonces y de ahora? ¿Nos ayuda esta enseñanza a alcanzar **la paz y unidad interior, el recogimiento, la concentración y el control de sí mismo, así como la alegría de la perseverancia**, que son requisitos necesarios para la oración profunda?

Aun cuando la respuesta sea afirmativa, nosotros debemos pedirle a Jesús todavía más; **necesitamos que él nos enseñe a orar en el Espíritu**, que haga realidad en nosotros el texto de la Carta a los Romanos que declara que no sabemos orar como conviene y nos asegura que el Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad, intercede por nosotros con gemidos inefables y nos hace clamar ¡Padre!

Para nosotros, aprender a rezar el Padrenuestro significa aprender a confiar sin reservas en la Palabra de Jesús, que se ha hecho oración nuestra. En ella ora Jesús con nosotros y en nosotros. Y aprender a orar significa también aprender a confiarnos al Espíritu, que nos impulsa a rezar el Padrenuestro hasta alcanzar el estado de confianza filial que describe Jesús cuando dice: “*Cuando os entreguen, no os preocupéis de cómo hablaréis, ni de qué diréis. Dios mismo os sugerirá en ese momento lo que tenéis que decir, pues no seréis vosotros los que habléis, sino que el Espíritu de vuestro Padre hablará a través de vosotros*” (Mt 10, 19-20).

Jesús nos dice que el Espíritu del Padre conforta a los discípulos en la prueba de la persecución y se manifiesta a través de ellos. La persecución por el firme testimonio de la fe fortalece la misma fe y es camino para la manifestación del Espíritu.

Pero, en cambio, puede también sucedernos que, en algún momento de contrariedad y de prueba, nos hayamos alejado de la oración, del clima de fe y de la apertura a las realidades del reino de los cielos; y, como consecuencia, hayamos dejado de comprender la voz del Espíritu. Podemos haber entrado entonces en una tentación grave contra la fe: sentirnos inclinados a razonar con los ojos del incrédulo y a considerar la situación del creyente como una locura. En estas circunstancias, sólo la fuerza del Espíritu, alcanzada a través de la meditación perseverante de la Palabra, de los sacramentos y de la disciplina ascética, vuelve a afianzarnos en la verdad de la vida de fe y en el ministerio. Así finalmente, superada la prueba, también en este caso el Espíritu hablará a través de nosotros.



Carlos López Hernández

Si cultivamos en la oración la confianza en la fuerza de la Palabra y del Espíritu, podremos discernir los pensamientos y las intenciones del corazón y escudriñar las profundidades de Dios; y se nos dará la sabiduría necesaria para emprender cada día con renovada esperanza la misión del anuncio del Evangelio a los hombres de hoy, tan tentados por la incredulidad. Cuando nos acosan la confusión y el desaliento, la Palabra meditada, comprendida, interiorizada, proclamada y explicada a los demás con la fuerza del Espíritu nos hace nacer de nuevo, nos regenera y reanima (cf 1 Pe 1,23), y nos confirma en el gozo del ministerio. **La alegría en la fidelidad al Señor es el primero y principal fruto de nuestro ministerio.**

Pidamos en esta Eucaristía que el Señor haga resonar de nuevo en nosotros su Palabra con la fuerza del Espíritu; que estemos siempre abiertos a la gracia del Espíritu y de la Palabra, que revela su verdad y eficacia cuando la ponemos en práctica, como hombres sabios que construyen su vida y ministerio sobre la roca firme de Cristo.